

NEREA LLANES



**¿Qué  
harías si no  
tuvieras  
miedo?**

CROSS  
BOOKS

NEREA LLANES

**¿Qué  
harías si no  
tuvieras  
miedo?**



CROSSBOOKS, 2024  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Nerea Llanes, 2024  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2024  
ISBN: 978-84-08-28873-2  
Depósito legal: B. 9.685-2024  
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Dakota

## Septiembre

Me miré al espejo y resoplé una vez más. Tanto silencio era casi... espeluznante. Había pasado el verano en casa, donde reinaba el caos sobre todas las cosas. Estar de vuelta era reconfortante y a la vez extraño. Mis ojos seguían desviándose una y otra vez a la puerta de mi habitación, esperando ver entrar a mi hermana pequeña, que tenía la costumbre de no llamar.

Estiré ligeramente mi camiseta hacia abajo hasta que estuvo perfecta. Mis ojos verdes oscuro me devolvieron la mirada mientras juzgaba mi aspecto. Me había recogido el pelo en dos coletas que dejaban ver la franja de mechones rosas que llevaba bajo mi cabello negro, a juego con mi ropa. La nota de color la ponían mis labios rojo cereza.

Wes, Nate y su nuevo compañero daban una fiesta para inaugurar su piso.

La idea de conocer gente me crispaba los músculos. Odiaba estar rodeada de desconocidos.

«Puedes hacerlo, Cato», me dije.

Noa y yo compartíamos piso desde el curso anterior y habíamos encajado enseguida. Y sus amigos, Emma, Nate y Wes, se habían ido convirtiendo muy poco a poco en los míos.

Esa noche iba a conocer a los dos últimos integrantes de su grupo: Cole, al que rodeaba cierto secretismo, y Zoe, que se había tomado un año sabático para irse de voluntaria.

Suspiré.

—¿Estás lista? —preguntó Noa, tras llamar a la puerta de mi habitación.

—Sí, pasa.

Sonreí al verla. Parecía una muñequita de un manga. Aquel había sido uno de los motivos por los que habíamos congeniado tan bien. A las dos nos gustaba la moda; de hecho, era lo que yo estaba estudiando. Y como ella cursaba ilustración, compartíamos facultad.

Los chicos se habían mudado a nuestro lado. Apenas había que andar unos diez minutos para llegar a su nuevo piso. Suponía que Wes había tenido mucho que ver en esa decisión, dado que Noa pasaba la mitad del tiempo en su casa.

Fuera hacía calor. La humedad del río se mezclaba con la brisa suave que soplaba, lo que hacía el paseo y la noche mucho más agradables. Aquí y allá se oían risas y conversaciones; vivíamos en un barrio de estudiantes y con la vuelta a clase el ambiente estaba de lo más animado.

Noa sacó el teléfono y empezó a escribir a toda velocidad.

—Emma dice que está llegando. Viene sin Sam. —Torció el gesto.

Sam era la novia de Emma, llevaban dos años juntas. No la conocía mucho porque siempre estaba ocupada, solo la había visto alguna vez de manera fugaz.

—¿Les ha pasado algo? —pregunté.

Ellos eran todos de Amber, al sur de Riverford, y habían pasado el verano juntos, mientras que yo había estado algo aislada en Wrenwood, al norte.

—No lo sé. Emma ha estado muy rara este verano. Y Zoe también; que, por cierto, llega tarde, como de costumbre...

Íbamos las dos pendientes de los mensajes de Emma, de modo que no vimos el pilote que había a la altura de nuestras rodillas. Un segundo estaba mirando la pantalla del móvil de Noa y al siguiente la perdí de vista. Escuché su grito y me giré hacia atrás.

—Ay —se quejó, frotándose la rodilla, que le sangraba del golpe—. Joder.

—¿Estás bien? —dije, y la ayudé a levantarse.

—Au, mierda, qué torpe soy.

Hizo una mueca de dolor y parpadeó deprisa para evitar que un par de lágrimas se le escapasen.

—¿Puedes andar o te duele mucho?

Varias personas se nos quedaron mirando y las mejillas de Noa se tiñeron de rojo. Se echó el pelo hacia delante para taparse la cara mientras cojeaba en círculos.

—Espero que no haya nadie de Arte por aquí —murmuró.

Intentó apoyar la pierna herida, pero se sacudió de dolor e hizo una mueca.

—Espera, dame tu móvil, que llamo a Wes para que baje. ¿Tendrán botiquín?

Noa soltó una risa ahogada.

—Déjame que lo dude: se acaban de mudar. Lo único de lo que se habrán preocupado es de comprar alcohol.

Marqué el contacto de Wes, que apenas tardó dos tonos en contestar.

—Hola, peque.

—Hola, Wes, soy Dakota.

La línea se quedó en silencio unos segundos y casi pude ver a Wes suspirando derrotado porque había pillado el tono dulce que usaba con su chica e iba a burlarme de él.

—Noa se ha hecho daño en la rodilla.

—¿Está bien? —preguntó.

—No puede andar.

—Voy para allá.

—Estamos en la avenida, a dos minutos de tu casa. Voy a ir a la farmacia a por algo para curarle la herida.

—Vale, gracias, Cato.

—De nada, peque —susurré con malicia.

Lo escuché murmurar una queja y me aguanté una carcajada.

Mi familia me llamaba Cato desde que tenía uso de razón. De pequeña no era capaz de decir gato con G, sino con C. Y estaba obsesionada con ese animal, así que lo único que decía era «cato esto, cato lo otro», hasta que empezaron a llamarme así.

Sinceramente, prefería Cato a Dakota. ¿Quién llama a su hija como un estado? Mi madre; ella lo encontraba gracioso y hasta poético, porque su nombre era América.

Cada vez que lo contaba no podía frenar las ganas de poner los ojos en blanco. Solo ella le veía la gracia. Y podría haber pasado como algo anecdótico si no hubiesen llamado a mi hermana pequeña Alaska...

Para partirse, ¿verdad?

Más de una vez ambas me habían sugerido que si tenía un hijo lo llamase North, para que juntos fuésemos North Dakota... A veces me planteaba seriamente si era adoptada.

Wes dobló la esquina y bajó corriendo hasta nosotras. Se apartó los rizos de la frente con gesto preocupado al ver la rodilla ensangrentada de su novia.

—¿Qué ha pasado?

—Yo, eso ha pasado —suspiró Noa, apoyándose en él—. Estaba mirando el móvil mientras andaba y...

Fulminó el pilote con la mirada, que se le llenó de rabia, y le dio una patada con la pierna herida. Soltó un grito de

dolor y vi a Wes apretar los labios para no reírse. Al conocer a Noa tardé poco en darme cuenta de que era terriblemente torpe.

—Muy bien, ahora que te has vengado, vámonos antes de que termines de rematarte —la pinchó Wes, y le dio un beso en la sien.

—Os veo allí, voy a la farmacia.

—Gracias, Cato —me sonrió Noa.

—Cuídala, Romeo —me metí con Wes.

—Hasta luego, gatita —me la devolvió él.

La farmacia estaba bastante llena para la hora que era. Me paseé por los pasillos buscando gasas y desinfectante.

—Me llamo Jen —dijo una voz femenina al otro lado de la estantería de las vendas.

—Hmmm —murmuró una voz masculina.

—Eres amigo de Nate, ¿verdad? He visto en su cuenta de Instagram que esta noche da una fiesta en su casa. ¿Estudias en la Universidad de Riverford?

—Sí —contestó él, seco.

—Yo también, ¿qué estudias tú?

—Oye, ¿qué quieres? —respondió él, caminando hacia la caja registradora.

«Hala, menudo borde», pensé. Su tono de voz y esa forma de tratar a la chica me irritaron profundamente. No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Quería saber si me darías tu número. A lo mejor podríamos quedar algún día...

Hasta yo sabía cuál iba a ser la respuesta. La pobre chica no parecía darse cuenta de que él no estaba interesado

—No. No te conozco. No sé de dónde has sacado la idea de que puedes interesarme, pero no.



Se me contrajo la cara en una mueca de asco. Qué gilipollas; pero ¿quién se creía que era? ¿Hay algo peor que un tío con un ego desmesurado? Si el mundo era justo, algún día lo rechazarían brutalmente y lo pondrían en su sitio.

—Ah, vale. Lo siento —dijo ella.

Me asomé para intentar echarle un vistazo a aquel cretino. Solo alcancé a ver parte de su espalda. Era un chico alto con el pelo oscuro y buena figura.

Iba vestido con unos pantalones negros de pinzas, unas botas de cordones, una camisa tejana oscura y... un bolso de piel. ¡Llevaba bolso! Maldita sea, aquello me escoció: tenía buen gusto para la ropa.

Una pena que todo ese estilo se desperdiciasen en alguien como él, me lamenté.

# Cole

La música retumbaba en los altavoces de Nate. Prácticamente todo el edificio estaba ocupado por estudiantes, así que al menos nos libraríamos de que llamasen a la policía.

La casa estaba abarrotada y no conocía a la mayoría, pero así eran Wes y Nate: los reyes de la socialización.

La encimera de la cocina estaba ocupada por una hilera de vasos de plástico en los que Nate estaba sirviendo alcohol como un profesional. Ya había llegado al punto en el que no tenía prácticamente ningún botón de la camisa abrochado. Ese era su medidor de borrachera: en una hora iría completamente descamisado.

—¡Eh, rubito! —lo llamé—. Aquí tienes tu medicina.

Le lancé un spray para el dolor muscular, que cogió al vuelo.

—¡Gracias, mi príncipe! —me gritó.

Salí de la cocina esquivando a gente. Con los años, las diferencias entre nuestras personalidades se habían ido haciendo más claras y palpables. Yo era bastante solitario, podía moverme bien en grandes círculos, pero prefería los grupos pequeños. Nate, por el contrario, era de los que se dispersaba con facilidad en las multitudes y acababa hacien-

do amigos en cualquier parte. Wes era fiel a su grupo, pero se integraba a la perfección con desconocidos.

Mi año en Berlín había sido bastante tranquilo sin ellos dos, que me arrastraban a todo tipo de locuras. Me alejé por el pasillo en busca de un poco de calma.

Vi la puerta del baño abierta.

—*Au, au, au* —se quejaba Noa—. Escuece.

—Ya lo sé —dijo Wes.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté al entrar.

Sus ojos marrones se desviaron hacia mí, había un ligero rastro de lágrimas en ellos.

La imagen me llevó de vuelta al mes de julio y a nuestro reencuentro.

Estábamos en el embarcadero. Wes y Nate estaban buscando alcohol, bailando o hablando con alguien, no lo sabía. Después de un rato, yo había salido para sentarme al borde del agua.

No dejaba de sentir que algo no terminaba de encajar entre nosotros, que aunque en la superficie todo parecía igual, éramos como uno de esos muebles suecos en los que de pronto te das cuenta de que has olvidado poner un par de tornillos que no tienes ni idea de dónde van, pero como todo parece funcionar lo dejas como está y rezas para que, con el tiempo, no se desmorone.

—¿Puedo sentarme contigo? —susurró Noa a mi espalda.

Un año y medio distanciados. Un año y medio desde que había empezado a salir con mi mejor amigo. Veinte meses para asimilarlo, para olvidarme de lo que sentía por ella.

En Berlín, el dolor, las ganas de coger el móvil y mirar sus fotos de Instagram, habían ido desapareciendo. Había salido con otras chicas, había pasado semanas sin pensar en Noa. Hasta había conseguido escuchar a Nate hablarme de Wes y de ella y alegrarme de que estuvieran juntos.

Casi ni un trazo de anhelo o celos.

Y entonces todo pareció desmoronarse.

Al levantar la vista me encontré con sus ojos dudosos, con la postura algo incómoda y nerviosa de sus hombros y la sonrisa tímida de sus labios.

Y la pregunta volvió a arañar mi mente. ¿Qué habría pasado si hubiese sido más rápido, si no hubiese dudado tanto? ¿Estaría ahora conmigo?

Estaba siendo injusto y mezquino, pero nunca había conseguido deshacerme de la idea de que Noa y yo habríamos funcionado.

«Si existe una realidad alternativa en la que no estoy enamorada de Wes, seguro que estaríamos juntos.» Las palabras que me había susurrado en mi coche tiempo atrás me acariciaron el pecho como la hoja afilada de un cuchillo.

—Claro —encontré mi voz por fin.

Noa se sentó con los hombros encogidos en un gesto ligeramente tenso y contempló sus pies balancearse por encima del agua.

—¿Qué tal te ha ido?

—Berlín me ha encantado. Y seguro que a ti también te gustaría. —Me paré a pensar—. Quizá la música no tanto, pero la moda y el arte sí.

Noa por fin me miró, con una sonrisa en los labios.

—No quiero que haya mal rollo entre nosotros. Wes estuvo... —Se mordió el labio—. Sé que en parte la culpa de lo que os pasó fue mía y...

Aparté los ojos de ella y los fijé en el brillo de las luces que se reflejaban en el río.

—Ey, eso es agua pasada. Yo fui muy inmaduro. —Me pasé una mano por la nuca, odiaba recordar lo que había sucedido cuando empezaron a salir—. En serio, he vuelto porque ya está todo olvidado. Superado.

De reajo vi que sus ojos se inundaban. Pestañeó deprisa para evitar que las lágrimas escapasen y la ternura hizo que me hormigueasen las yemas de los dedos.

—Te hemos echado de menos.

—No te lo digo porque te vas a reír de mí —dijo Noa, frunciendo el ceño y rescatándome de mis recuerdos.

—Venga ya, cómo me voy a reír.

Wes soltó una carcajada por lo bajo y Noa le lanzó una mirada asesina.

—Puede que no me funcione una pierna, pero la otra sí, Wesley —lo amenazó—. Digamos que he tenido un pequeño tropiezo y ahora no voy a poder bailar —me contestó evasiva.

—No te preocupes, seguro que a Nate no le importa dedicarte un *lap dance* —le sugirió Wes.

—Mmm, el culito de Nate... —se burló ella.

Wes curvó las cejas con una expresión escéptica que venía a decir «¿En serio?».

—Los dos sabemos que el mío es mejor... —comentó, encogiéndose de hombros.

—Claro que sí, tío. Soñar es gratis —le dije, y le di una palmadita en el hombro.

—Cato tiene que estar al llegar de la farmacia —comentó Noa, asomándose detrás de mí para ver el pasillo.

—¿Quién es Cato? —pregunté.

—Mi compañera de piso. Es genial. Ya verás, seguro que te cae bien.

Wes me echó una mirada de reajo y puso una expresión extrañísima.

Llevamos a Noa hasta el sofá y fuimos a la cocina a por algo de beber.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Wes mientras le

daba un sorbo a su cerveza—. Con la universidad nueva y todo.

—Berlín estuvo bien, pero me alegro de haber vuelto. Estudiar en Riverford siempre fue nuestra meta.

Wes y Noa habían llegado al acuerdo de ir a la misma universidad ya de pequeños, y luego Nate y yo nos unimos. Tendríamos unos catorce años cuando tomamos la decisión.

Yo no eché las solicitudes con ellos el último año de instituto, pero aun así puse Riverford como primera opción porque quería vivir la experiencia con Wes y Nate; sin ellos no habría sido lo mismo. Y sabía que cuando volviese de Berlín me gustaría recuperar lo que habíamos dejado atrás.

—El año pasado fue raro sin ti —reconoció Wes.

Le eché una mirada de reojo. Tenía la vista perdida en la fiesta que se desarrollaba en el salón.

Nuestra relación tenía ahora cierta aspereza y yo sentía el peso de la responsabilidad.

—Me alegro de que hayas vuelto, imbécil. Quita esa cara —me dijo, y me dio un golpe en el hombro.